

An illustration of a young man and woman in a romantic pose. The man, with blonde curly hair, wears a red plaid shirt over a white t-shirt and teal pants. He is reaching up to touch a branch of orange autumn leaves. The woman, with long brown wavy hair, wears a yellow and white patterned sweater and light blue jeans. She looks up at him with a smile. The background is a soft-focus indoor setting with warm lighting and falling leaves. The title 'La luz de todos nuestros otoños' is written in a large, white, cursive font across the middle. The author's name 'ALEJANDRA BENEYTO' is at the top in a bold, black, sans-serif font. The publisher's logo 'CROSS BOOKS' is in the bottom right corner.

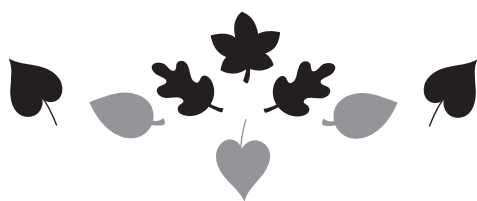
ALEJANDRA BENEYTO

*La luz de
todos nuestros
otoños*

CROSS
BOOKS

ALEJANDRA BENEYTO

*La luz de
todos nuestros
otoños*



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Alejandra Benyto, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025
ISBN: 978-84-08-30553-8
Depósito legal: B. 13.648-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Adriana

La boda estaba siendo preciosa.

El sonido del mar nos envolvía mientras el atardecer resbalaba por el horizonte. El manto de césped que cubría el lugar de la celebración olía a lluvia, a estrellas y a futuro.

Además, Natalie era una de las novias más deslumbrantes que había visto en mi vida. Si no acabara de casarse con el amor de mi vida, quizá me habría animado a decírselo.

—¿Cómo lo llevas? —Allie, mi mejor amiga, que había sido contratada meses atrás para fotografiar la boda, se acercaba intermitentemente a comprobar mi estado desde que los novios se habían dado el «sí, quiero».

—Genial. Muy bien. Estupendamente, la verdad.

Los ojos de Allie se entornaron con suspicacia.

—Ya, claro.

—¿Qué pasa? ¿No me crees?

—Bueno, la tercera aclaración siempre es sospechosa.

Sonreí.

Danny se había casado.

—Sobreviviré —declaré.

Allie aprovechó para tomar un par de instantáneas más desde la ubicación en la que nos encontrábamos y, después,

siguió su camino mientras la gente se desplazaba hacia la carpa, donde en breves momentos servirían la cena.

Hacía un rato que había comprobado que a Danny no se le había ocurrido sentarme en la «mesa de los solteros», sino que lo había organizado para que compartiera mesa con mi familia.

Fui la última en sentarme.

—Han tirado la casa por la ventana —escuché decir a Phin, el marido de mi hermana Mia, mientras revisaba los detalles del menú.

—Es que a Daniel le va muy bien en el bufete.

—Y a ella la han fichado en un importante estudio de arquitectura de Seattle.

Mia, mamá y la abuela se enzarzaron en una conversación destacando los logros vitales de Danny y el maravilloso porvenir que el señor y la señora Bailey tenían por delante: ascensos, embarazos y la estampa de familia perfecta.

Mi hermana Rose cambió rápidamente de tema, como si temiera que el contenido de la conversación fuera a incomodarme, aunque en realidad había dejado de escuchar. Mi mente estaba recordando a Danny a los ocho, a los doce y a los dieciséis hablando de qué ocurriría si fuéramos víctimas de una invasión alienígena o si lo odiaría si de pronto huyera sin dejar rastro y todosuviéramos que seguir nuestra vida sin él.

—A sus padres se los ve muy orgullosos —observó Mia, para concluir, tras echar un vistazo a la mesa nupcial.

—Aunque la abuela tiene cara de pocos amigos.

Escondí la sonrisa que se me escapó al mirarla.

La abuela de Danny, la señora Agatha, me sirvió mi primer vaso de *whisky* a los dieciséis, cuando corrí a refugiarme en su casa después de una fuerte pelea con mi abuela. Recuerdo que, después, Danny me obligó a ver todas las pelí-

culas de Freddy Krueger y, a la mañana siguiente, la sensación de no encajar dolía significativamente menos.

—A él se lo ve muy feliz... —indicué yo, mientras miraba desde lejos cómo los ojos de mi mejor amigo brillaban al contemplar a su esposa.

«Es ella», me había dicho apenas un año atrás, en una de nuestras «citas reencuentro», cuando solo llevaban un par de meses saliendo juntos.

Y la verdad era que, al verlos uno frente al otro, no podías negar que lo que tenían era real, indiscutible y poderoso, aunque a mí me doliese como arder en el infierno.

Cuando desde los dieciséis tienes asumido que, sin importar las vueltas que dé la vida, estás destinada a acabar con *esa persona*, resulta demoledor ver que tu futuro salta por los aires y que debes dedicar el resto de tu vida a reescribirlo.

Pero mi obligación para ese día era mostrar una expresión coherente con mi discurso oficial, es decir, lo contenta que estaba porque mi mejor amigo hubiera encontrado a la mujer adecuada.

Me esforcé por tener aquello presente durante toda la cena, que transcurrió entre risas y vino caro.

Algunos amigos de él dieron un discurso, los hermanos de ella también hablaron y después los novios abrieron el baile con una canción de Elton John de fondo.

Tras un rato perdida en la música y aquel ambiente un tanto empalagoso, me acerqué a la zona de las bebidas para refrescarme. Nunca había tolerado muy bien el alcohol, pero otra copa de vodka, limón y hielo no iba a matarme.

—Esta fiesta es una horterada. —La señora Agatha se paró a mi lado mientras yo daba un trago a mi bebida que se prolongó demasiado.

—No está tan mal. Ellos parecen contentos.

—Chorradas. No me digas que a ti te gusta todo este de-

rruche de lazos y purpurina. Mi nieto tiene un colocón de testosterona que no le permite pensar con claridad, pero espero que tú no hayas perdido también la cordura.

Me eché a reír y di otro sorbo.

—El vuelo de las palomas me ha parecido excesivo —reconocí con una sonrisa que ella correspondió poniendo los ojos en blanco.

—Natalie debe de ser soberbia en la cama.

—¡Agatha!

—De lo contrario, no me lo explico.

—Está enamorado de ella. —Me encogí de hombros y con el siguiente trago casi acabé la copa.

—Pues yo siempre creí que se casaría contigo —dijo empleando un tono despreocupado, como si no acabara de clavarle una lanza en el centro del pecho.

—Supongo que era bastante improbable que eso pasara —repuse—. Le arranqué su primer diente, le vomité en su sudadera favorita la primera vez que probé la comida tailandesa y soy testigo de que se hizo pis en la cama hasta los nueve años.

Agatha me observó con una intensidad que arrolló mis defensas, como si tuviera la habilidad de escarbar entre mis recuerdos y pudiera visualizar a través de ellos aquella vez que nos bañamos desnudos en el mar, el baile entre lágrimas del último verano antes de la universidad o la noche que estuvimos a punto de acabar con todo.

—Bueno. Aun así, siempre lo pensé. —Agatha carraspeó y, después, cambió radicalmente de tema—. ¿Qué tal te va la vida en California?

—Soleada. —Sonreí, esperando que Agatha no quisiera saber mucho más.

—¿Nunca piensas en volver a casa?

Casa.

Oregón. Lake Oswego. Portland. Lo que dejé atrás.

—No creo que quede nada aquí para mí —reconocí.

—Tu familia no es perfecta, Adrienne. Pero eso no quiere decir que hayan dejado de esperarte.

Dicho esto, Agatha se marchó. Yo busqué algo con lo que distraerme de la conversación que acababa de tener y que había tocado mis heridas más profundas: el adiós a Danny, la distancia con mi familia.

Decidí buscarlas para divertirme un rato con ellas, para deshacerme de los fantasmas.

Mi hermana Rose —Rosaura— comprobaba que sus hijos no estuvieran dando problemas.

Mia bailaba con Phin, su increíble marido, que la consentía día y noche y le había hecho la promesa de hacerle el amor en todos los continentes antes de convertirla en la madre de sus hijos.

Mamá consultaba su teléfono en un rincón, quizá atendiendo algún asunto del negocio familiar, y mi abuela apilaba los platos de una de las mesas porque ella es incapaz de estarse quieta.

Como todo el mundo parecía estar en sus cosas, volví sobre mis pasos, decidida a comer tarta nupcial como si no hubiera un mañana.

Alguien me interceptó por el camino antes de conseguir culminar mi plan.

—María Adriana Santos Arrieta. —El sonido de mi propio nombre me provocó un escalofrío.

Alcé los ojos y me encontré frente a frente con Alex Bailey, el hermano mayor de Danny. Con su pelo de anuncio y esa sonrisa canalla que me sacó de quicio durante gran parte de mi adolescencia.

Aunque era guapo. Eso no podía negarlo.

—Es Adrienne —repliqué con fastidio.

—Eso no es lo que pone en tu partida de nacimiento.

—Alex..., ¿qué quieres?

—Saludar. Hacía tiempo que no te veía.

Hizo un gesto como si se preparara para darme un abrazo. No encontré ninguna razón para negarme, aunque entre nosotros siempre hubiera existido cierta distancia.

Para mi sorpresa, abrazar a Alex fue como meterme en una máquina del tiempo y viajar a los años dos mil, a nuestra adolescencia y a esos veranos que él y Danny pasaban en la casa de enfrente.

Alex y yo nunca nos habíamos llevado bien. Chocábamos constantemente. Pero, si me paraba a pensarlo, siempre había estado ahí.

—No tienes muy buena cara —comentó al soltarme.

—Es la frase que toda chica quiere oír cuando se ha gastado casi cien dólares en maquillaje y peluquería.

—No he dicho que no estés presentable, me refería a tu expresión. Pareces triste. ¿Mal de amores, tal vez?

La elocuencia de su mirada y el tono provocador dejaban perfectamente claro a qué se estaba refiriendo. Quise hacerle tragar su pajarita. Solo a él se le ocurriría insinuar que llevaba mal la boda de Danny. Entre él y yo las cosas siempre habían funcionado así, por mucho tiempo que hubiera pasado desde la última vez que nos habíamos visto.

—¿Intentas decirme algo?

—En absoluto. La interpretación de un mensaje siempre corre a cargo del receptor, no del emisor.

—Bien, porque me había parecido que insinuabas que la boda de tu hermano me pone mala cara.

—Solo era una suposición, ya que todos pensábamos que si algún día se casaba..., en fin, sería contigo.

—¿Sabes qué? —Sentí el burbujeo de la rabia brotar en mi estómago.

—¿Qué?

Su mirada se agudizó y yo perdí el hilo de mi propio discurso.

—Nada. Hasta la vista, Bailey.

Dejé plantado a Alex y me metí en el baño, donde pasé un buen rato tratando de poner mi atención en cómo el aire entraba por mis fosas nasales y las abandonaba de manera casi imperceptible.

No entendía por qué esa breve interacción con Alex me había afectado, cuando, desde que éramos niños, él siempre me provocaba y yo siempre lo provocaba a él. Nos metíamos el uno con el otro continuamente. Era nuestra manera de comunicarnos, por mucho que hiciera años desde la última vez que habíamos estado en la misma habitación.

Respiré, respiré y respiré hasta que la rabia poco a poco fue mitigándose para dejarme ver qué había debajo. Era tristeza. Una tristeza honda y viscosa cuyo origen me resultaba confuso.

Cogí mi móvil sin pararme a meditar si era buena idea y entré en el chat con Danny. Tiré de histórico por la galería de archivos compartidos y eché un vistazo a las fotos de nuestras «citas reencuentro», de algunas festividades en las que habíamos coincidido en casa de nuestras abuelas, las veces que había venido a San Diego o yo había viajado hasta Seattle y aquel fin de semana largo que ninguno tenía plan y decidimos encontrarnos en Chico, California, a medio camino.

En algún punto de esa historia compartida que se reflejaba entre los mensajes intercambiados, comenzaron a aparecer instantáneas de Natalie. De ellos juntos. Del día que él eligió el anillo y buscó mi aprobación. De la casa que estaban planteando comprar tras la boda...

Esa era su vida ahora. Suspiré y justo entonces el teléfono me vibró en las manos.

Se trataba de Allie. Abrí la notificación.

Allie

El novio quiere bailar con su mejor amiga.

¿Sabes dónde podemos encontrarla?